

Igor Barreto

La caja y la pregunta por la pobreza

## La caja y la pregunta sobre la pobreza

Y los remordimientos en nosotros prosperan  
Al igual que los piojos en la mendicidad.

Baudelaire

EN una vereda del ghetto de Ojo de Agua  
apareció una caja de madera:  
seis tapas herméticamente calzadas,  
engomados los filos de cada extremo  
hasta quedar lisos  
como bordes laqueados por un ebanista.  
Ni tan siquiera un clavo.  
Las vetas en la madera  
iban de izquierda a derecha reforzando cada juntura,  
potenciando su posible oscuridad interna.  
Era un objeto orgánico  
y mecánico a la vez, pero también sólido y muerto.  
Lo cierto es que la caja estaba justamente  
en el centro de esa vereda para que alguien la encontrara  
y así fue:  
la llevaron a la calle principal del ghetto  
donde todos los habitantes  
se reunieron.  
Un alguien dijo que en su interior estaba la definición de la pobreza:  
la sensación pastosa de los días,  
la sombra que trepa con su hábito apocando las casas.  
Los rostros presentes  
se tornaron redondos: la boca, los ojos.  
Algunos metieron sus manos en los bolsillos

Lo cierto  
es que un ojo se acercó para ver  
la raíz de lo que eran  
y la lengua rozó la superficie  
para indagar el sabor.  
Y la sacudieron por los aires  
buscando algún sonido que pudiera identificarlos.  
Se hicieron tantas pesquisas  
y averiguaciones sobre aquella caja:  
hasta que al fin  
fue arrebatada  
y la tiraron contra el suelo  
y le pegaron con una piedra buscando astillarla.  
Pero la caja  
permanecía muda, encerrada.  
La caja se parecía a sí misma.  
La limpiaron con un paño que ofreció un mecánico.  
El aceite y la grasa del trozo de tela  
al repulir la caja  
la dejó tal y como la encontraron.  
Qué objeto extrañamente perfecto.  
Se trataba de la misma pregunta que retornaba  
al inicio de las interrogaciones y los encuentros:

—*¿Qué interés pueden tener en una pobreza  
que ya no les molesta?*

—*¿Quién ha dicho que el dolor y la desgracia se definen de alguna manera?*

Poco después  
alguien tomó la caja entre sus manos  
y la arrojó  
al basurero del portal

del ghetto.

Allí

permaneció oculta entre recipientes de jugos

y bebidas gaseosas,

y una bolsa de plástico

cerrada con un nudo

conteniendo el relato de un día:

una toalla de papel higiénico, dos paquetes arrugados

de cigarrillos, restos de cabellos,

la cabeza de una gallina muerta

y sus huesos.

Elementos humanamente apretujados.

Enterrada entre estos remanentes diarios

permaneció la caja de madera perfecta:

pero

también

aquella pregunta.

## Sobre la utopía

(en Venezuela)

I

DECÍA el sabio Ángel Rosenblat:

—*Por qué escribes «pretencioso» con «c»  
y no con «s»  
¿acaso no viene de «pretensión»?*

—*Cierto, maestro, se trata de un galicismo cultural.*

—*¿Y tú crees que «arribista» viene de «arribar»?  
Pues ¡No!: «arribista»,  
viene de «arriver».*

Y pienso entonces  
que la raíz de lo que ansiamos decir,  
aquello que en verdad somos  
suele estar  
en otra parte.

II

«El invierno trae caballos blancos que resbalan en la helada.»  
He ahí un verso para nosotros imposible.  
Pertenece a Jorge Teillier, un poeta de Temuco,  
al sur de Chile.  
Así que ese verso suyo me parece la clave de todo:  
«El invierno trae caballos blancos que resbalan en la helada.»  
Esto es imposible a 40° a la sombra. Y solo en ello

consistió la trampa: enamorarse líricamente de lo «otro»  
y ser, de pronto, cómo decirlo: un añorante.

### **El pequeño lápiz**

I

LA poesía enseña  
el amor por los lápices.  
El lápiz que apenas puedes  
sostener con la mano  
y escribe garabatos  
sobre la página blanca  
como indecisos caminos  
que suben una montaña.  
Cómo es posible que un lápiz  
vaya desde la altura  
de un objeto nuevo  
hasta convertirse en algo como un niño  
que dice cosas a medias.  
Por qué  
el tiempo  
invertiría el orden  
en la forma de este objeto.  
Acaso un lápiz no debería elevarse  
con el paso de los años  
y finalmente llegar a ser  
algo nuevo:  
una hermosa varilla pintada de amarillo  
y no un pobre palito  
de zapato negro.  
He reunido mis antiguos lápices

en una caja:  
pareciera que duermen  
o se abrazan  
en la misma ronda  
que ahora recuerdo.

## II

UN lápiz ya desbastado  
por el uso  
puede compararse  
con la vida de un hombre.  
Sería  
eso que llamamos un «lapicito».  
Su carne se acumula en los depósitos  
de mina y madera del sacapuntas.  
Esta es la vida de Gabriel,  
ahora,  
a los setenta y tres años  
«Gabrielito»:  
pequeño lápiz despuntado, achatado o quebrado.  
Cuántos renglones  
tendrías el valor de escribir  
si hoy permaneces en la gaveta de tu cuarto,  
en tu casa humilde  
que ya no tiene borrador  
y las paredes perdieron el fulgor de la pintura  
laqueada en amarillo.  
Qué será de ti,  
eso me pregunto.